

1. **Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. **Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. **Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. **Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

Fast.
Free.
Faithful.
Linktoliturgy.com



[1] CCC 548
[2] CCC 2616

¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Marcos 5:21-43 - pg. 1
¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3
¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Marcos 5:21-43 – Misal Romano

En aquel tiempo, cuando Jesús regresó en la barca al otro lado del lago, se quedó en la orilla y ahí se le reunió mucha gente. Entonces se acercó uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo. Al ver a Jesús, se echó a sus pies y le suplicaba con insistencia: “Mi hija está agonizando. Ven a imponerle las manos para que se cure y viva”. Jesús se fue con él, y mucha gente lo seguía y lo apretujaba. Entre la gente había una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de los médicos y había gastado en eso toda su fortuna, pero en vez de mejorar, había empeorado. Oyó hablar de Jesús, vino y se le acercó por detrás entre la gente y le tocó el manto, pensando que, con sólo tocarle el vestido, se curaría. Inmediatamente se le secó la fuente de su hemorragia y sintió en su cuerpo que estaba curada. Jesús notó al instante que una fuerza curativa había salido de él, se volvió hacia la gente y les preguntó: “¿Quién ha tocado mi manto?” Sus discípulos le contestaron: “Estás viendo cómo te empuja la gente y todavía preguntas: ‘¿Quién me ha tocado?’” Pero él seguía mirando alrededor, para descubrir quién había sido. Entonces se acercó la mujer, asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado; se postró a sus pies y le confesó la verdad. Jesús la tranquilizó, diciendo: “Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad”. Todavía estaba hablando Jesús, cuando unos criados llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle a éste: “Ya se murió tu hija. ¿Para qué sigues molestando al Maestro?” Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: “No temas, basta que tengas fe”. No permitió que lo acompañaran más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Al llegar a la casa del jefe de la sinagoga, vio Jesús el alboroto de la gente y oyó los llantos y los alaridos que daban. Entró y les dijo: “¿Qué significa tanto llanto y alboroto? La niña no está muerta, está dormida”. Y se reían de él. Entonces Jesús echó fuera a la gente, y con los padres de la niña y sus acompañantes, entró a donde estaba la niña. La tomó de la mano y le dijo: “¡Talitá, kum!”, que significa: “¡Óyeme, niña, levántate!” La niña, que tenía doce años, se levantó inmediatamente y se puso a caminar. Todos se quedaron asombrados. Jesús les ordenó severamente que no lo dijeran a nadie y les mandó que le dieran de comer a la niña.

Lectura Espiritual

De las homilias del papa Pablo sexto

¡Ay de mi si no anuncio el Evangelio! Para esto me ha enviado el mismo Cristo. Yo soy apóstol y testigo. Cuanto más lejana está la meta, cuanto

más difícil es el mandato, con tanta mayor vehemencia nos apremia el amor. Debo predicar su nombre: Jesucristo es el Mesías, el Hijo de Dios vivo; él es quien nos ha revelado al Dios invisible, él es el primogénito de toda criatura, y todo se mantiene en él. Él es también el maestro y redentor de los hombres; él nació, murió y resucitó por nosotros. Él es el centro de la historia y del universo; él nos conoce y nos ama, compañero y amigo de nuestra vida, hombre de dolor y de esperanza; él, ciertamente, vendrá de nuevo y será finalmente nuestro juez y también, como esperamos, nuestra plenitud de vida y nuestra felicidad. Yo nunca me cansaría de hablar de él; él es la luz, la verdad, más aún, el camino, y la vida; él es el pan y la fuente de agua viva, que satisface nuestra hambre y nuestra sed; él es nuestro pastor, nuestro guía, nuestro ejemplo, nuestro consuelo, nuestro hermano. Él, como nosotros y más que nosotros, fue pequeño, pobre, humillado, sujeto al trabajo, oprimido, paciente. Por nosotros habló, obró milagros, instituyó el nuevo reino en el que los pobres son bienaventurados, en el que la paz es el principio de la convivencia, en el que los limpios de corazón y los que lloran son ensalzados y consolados, en el que los que tienen hambre de justicia son saciados, en el que los pecadores pueden alcanzar el perdón, en el que todos son hermanos. Éste es Jesucristo, de quien ya han oído hablar, al cual muchos de ustedes ya pertenecen, por su condición de cristianos. A ustedes, pues, cristianos, les repito su nombre, a todos lo anuncio: Cristo Jesús es el principio y el fin, el alfa y la omega, el rey del nuevo mundo, la arcana y suprema razón de la historia humana y de nuestro destino; él es el mediador, a manera de puente, entre la tierra y el cielo; él es el Hijo del hombre por antonomasia, porque es el Hijo de Dios, eterno, infinito, y el Hijo de María, bendita entre todas las mujeres, su madre según la carne; nuestra madre por la comunión con el Espíritu del cuerpo místico. ¡Jesucristo! Recuérdelo: él es el objeto perenne de nuestra predicación; nuestro anhelo es que su nombre resuene hasta los confines de la tierra y por los siglos de los siglos.

Oración: Hablada y No hablada - Lección y Discusión

“...y le suplicaba con insistencia”

Muchas veces oramos para que Jesús nos conceda lo que le pedimos. Es cierto que como el catecismo dice que “a los que acuden a él [Jesús] en la fe, les concede lo que piden”. Sin embargo, ¿es esta la única razón de orar? Nuestra oración tiene que llegar más allá de la curiosidad por un milagro o la necesidad física, nos debe unir a Cristo y producir una curación tanto física como espiritual, así como una conversión muy necesitada. Tanto Jairo como la hemorroísa, no sólo recibieron lo que pidieron, sino que respondieron a la invitación de Cristo.

¿Cuál fue la invitación que Cristo extendió a Jairo ya la mujer?

Cristo dijo a la mujer: “Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad” Jesús llama hija a la mujer y la invita a una vida de paz, la paz que sólo se puede encontrar en la fe. Cristo le dijo a Jairo: “No temas, basta que tengas fe” Jesús invita a Jairo a una vida de fe, la cual ahuyenta cualquier temor.

Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado. Invitan a creer en Jesús. Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe. Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquel que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios. Pero también pueden ser “ocasión de escándalo”. No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos; incluso se le acusa de obrar movido por los demonios”. [1] Independientemente de la curación o el sentimiento que viene de los signos o milagros de Cristo, la razón principal de la señal o milagro es que nos invitan a creer en él. Si la señal o milagro solamente afecta físicamente entonces es temporal y no dura. Para la mujer, que sufre de hemorragia, tan pronto como se detuvo su flujo de sangre, el flujo de su fe comenzó. Las obras de Cristo son una invitación a nosotros para iniciar el flujo de la fe.

¿Cuál es la diferencia entre la súplica de Jairo y la de la hemorroísa?

La súplica de Jairo se habla en palabras, mientras que la oración de la mujer es en silencio, ella alcanza. “La oración a Jesús ya ha sido escuchada por Él durante su ministerio, a través de signos que anticipan el poder de su muerte y de su resurrección: Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras (del leproso, de Jairo, de la cananea, del buen ladrón), o en silencio (de los portadores del paralítico, de la hemorroísa que toca el borde de su manto, de las lágrimas y el perfume de la pecadora). La petición apremiante de los ciegos: ‘Ten piedad de nosotros, Hijo de David!’ o ‘Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!’ ha sido recogida en la tradición de la Oración a Jesús: ‘Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador’. Sanando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria del que le suplica con fe: ‘Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!’”.

[2]

¿Cómo nos da Jairo un ejemplo de fe?

El Evangelio de San Marcos dice: “Jairo, al ver a Jesús, se echó a sus pies y le suplicaba...” Podemos seguir el ejemplo de Jairo:

1. Nos acercamos a Cristo, avanzamos hacia adelante.
2. Lo vemos.
3. Caemos a sus pies (humildad)
4. Suplicamos.

¿Cómo nos da la hemorroísa un ejemplo de fe?

El Evangelio de San Marcos dice, “se acercó asustada y temblorosa. Ella se prostró a los pies de Jesús y le confesó la verdad” Podemos seguir el ejemplo de la mujer:

1. Nos acercamos a Cristo, nos aproximamos
2. Tenemos temor y temblor (admiración)
3. Caemos ante Jesús (humildad)
4. Le decimos a Jesús toda la verdad